

tematizada de forma profana, que sugiere de un modo muy sutil el empeño que tiene nuestro autor por hacer notar nexos profundos entre los hombres. Haciendo mención de ese acontecimiento bíblico, Saramago parece querer manifestar que la existencia humana adquiere una cualidad especial cuando mantenemos vínculos con asuntos de propiedades sacrales. La carne de María, y toda la corporalidad del propio Cristo engendrado se atan en una correlación extraña y profunda de dos naturalezas. Lo mismo ocurre a mi juicio entre esos contactos físicos de Jesús con Magdalena donde los cálidos sentimientos de afecto y cercanía entre ellos condensan de forma secreta una pureza que parece que no es de este mundo.

Con esas interrogaciones de María acerca de las cualidades de su propia maternidad, el autor toca en su novela —probablemente sin querer— otros asuntos cristológicos difusos. Pero se hacen transparentes en la obra cuando de ese cuestionamiento maternal recordamos dos herejías típicas del cristianismo antiguo: la herejía subordinacionista, y la adopcionista, que son las que consideran a Jesús «inferior» al Padre, aunque encargado de cumplir una misión divina.

Hay, efectivamente, imágenes muy patentes en este *Evangelio* de un Dios que parece que utiliza a su Hijo para determinadas funciones vicarias, las cuales siempre resultan quedar como al servicio de un Padre que juzga y condena (que es una imagen tan propia de Yahvé en el Antiguo Testamento). Con ello, nos referimos, por ejemplo, a ese permanente mandato que formula Dios a Jesús, aclarando que su vida entera está prevista desde «arriba» sin márgenes posibles de renuncia, ya que la causa de la Redención justifica todo dolor. En este sentido, es extraña la concepción de libertad que está presente en este Jesús de Saramago, pues muchas propiedades de su actuar se ciñen a una especie de Providencia ciega y fatalista. Pero no es lógico extendernos sobre todo ahora.

En suma, la novela es un espléndido ejercicio de literatura donde se recrean de forma fresca y nueva aspectos paradigmáticos del mito del hombre-Dios.

**Mario Boero**

## Europa y la revolución\*

**E**n la sorprendente atonía y/o desorientación de la sociología frente a los acontecimientos que han jalonado la historia del mundo en este fin de siglo cabe mencionar algunas excepciones. Entre ellas, la representada por Dahrendorf es una de las más destacadas. Este libro de resonancias burkelianas es buena prueba de lo dicho, siempre que a sus méritos no se añada el de la previsión ni la intuición. Como casi todos sus colegas, el rector de St. Anthony's College no avizó el derrumbamiento de un sistema político y de la cultura basada en él. Aunque, quizá más por corporativismo que por vanagloria personal, Dahrendorf sugiera que en algunos de sus libros anteriores se atalayara este súbito hundimiento, lo cierto y verdad es que sus pretendidas profecías no pasan de ser vaticinios y cálculos a muy largo término, insertos, además, en perspectivas muy generales.

Ello, insistimos, no resta valor a una de las primeras interpretaciones globales del fenómeno antecitado. Análisis ciertamente global y precoz, pues se dio a la imprenta un año antes de que el proceso llegara a su desembocadura en agosto de 1991 con el frustrado golpe de Estado de los últimos guardianes de la ortodoxia soviética, suceso éste, sí, augurado más o menos explícitamente por el autor como ineluctable.

Dividido en cuatro capítulos, el ensayo adopta el discurso epistolar —tan desusado y tan provechoso en ma-

\* R. Dahrendorf. *Réflexions sur la révolution en Europe*. 1989-1990. Paris, Ed. Seuil, 1993, 184 páginas.

nos expertas—, en forma de una larga misiva a un ciudadano de Varsovia. Conforme se ve, el paralelismo formal con una de las obras más célebres de la literatura política, *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*, es muy estrecho y casi mimético, bien que, como el autor tiene empeño en probar, las semejanzas sólo alcanzan a aspectos externos, pues tanto la intención de Dahrendorf como la materia por él analizada distan de las del fogoso irlandés Edmund Burke. Éste quería trocarse en un Don Quijote campeón de la civilización cualitativa, impregnada de sensibilidad y tradicionalismo creador, frente a un igualitarismo que ponía en grave peligro a las libertades fruto del tiempo y del esfuerzo de numerosas generaciones. Por el contrario, el sociólogo alemán no rompe ni siquiera una pequeña lanza en pro del mundo desaparecido tras el eclipse del comunismo; y aunque, ateniéndose al sentido etimológico de la palabra —muchos cambios en poco tiempo—, no duda en englobar a los acontecimientos mencionados bajo el concepto de revolución, es discutible dicha categorización al menos en términos rotundos y, desde luego, comparativos. La Revolución Francesa señaló un punto y aparte en la marcha del mundo de un eco e intensidad tales, que es difícil que admitan cotejo con las grandes transformaciones operadas en la Europa central y oriental dos centurias más tarde. «A despecho de algunas analogías superficiales, Burke podría parecer un padrino extraño para esta misiva. Es la suya una gran polémica contra la destrucción de la época caballeresca; la presente es una oda a la sociedad abierta. Burke escribía espoleado por la consternación y desagrado que le inspiraban los acontecimientos sobrevenidos al otro lado del Canal; yo escribo impulsado por la complacencia y la esperanza que me han provocado los sucesos acaecidos en Europa» (p. 37).

Más acertada parece mostrarse la tesis del autor según la cual el rechazo del denominado «socialismo democrático» en manera alguna puede circunscribirse a la repulsa de un régimen político-social, sino al rechazo de cualquier concepción e interpretación del mundo dogmática y cerrada. Por su reluctancia, éstas, las sociedades alumbradas en la postrera década del Novecientos, se han sumergido plenamente en la configuración y mentalidad de las llamadas, popperianamente, «sociedades abiertas», en las que no hay absolutismos ideológicos ni caminos teleológicos hacia la felicidad y la plenitud.

Cantados epiniciamente los Estados en los que el disfrute de las libertades y el ejercicio de la democracia se alían con un alto grado de desarrollo económico y social, Dahrendorf se afanará en una crítica demoledora de las utopías, proclives siempre al despotismo, al tiempo que de alejar de su corresponsal la imagen de cualquier Capua. Incluso en las sociedades abiertas, no identificadas necesariamente con el triunfo del capitalismo, al menos en su versión manchesteriana, los paraísos terrestres son difíciles siquiera de soñar. *Tertium non datur*. Ni la Suecia de la socialdemocracia ni ningún otro país informado por esta ideología puede ya servir como paradigma o espejo a las naciones que han vuelto a recuperar sus destinos. En el pensamiento del autor, el modelo político-social de dicho ideario pertenece ya al pasado. Un pasado al que ciertamente enriqueció de manera sustantiva. Ni en él ni en un capitalismo en estado puro pueden encontrarse las recetas del porvenir. Éste se construirá en la concurrencia formal y fecunda del pensamiento contrastado con la historia y las nuevas realidades. De ahí, precisamente su severa crítica, trocada en ocasiones en sátira, de la visión de la historia abandonada por Fukiyama, al que acusa más de ignorante que de audaz. Todo es posible en las páginas aún por escribir de la Historia, incluso los desaciertos y hasta las catástrofes. Los flamantes Estados de casi una mitad de Europa tendrán que incorporarse sin perder su personalidad al ritmo más desarrollado social y económicamente de los de la Europa occidental, merced ante todo a su esfuerzo. Contarán con las simpatías y solidaridad de los segundos, pero su acceso a un nuevo horizonte histórico ha de ser fundamentalmente el fruto de su imaginación, de su trabajo y, en definitiva, de su espíritu creador.

Tal es acaso el extremo más reiterado por el autor en las consideraciones a su corresponsal. No existe para Polonia ni para ningún otro de los pueblos que la han acompañado en el retorno a su común hábitat histórico otra senda que la del sacrificio a lo largo de una o dos generaciones, y ello en el caso más afortunado. (Aquí realizará Dahrendorf una de sus escasas incursiones por nuestro país, al encarecer la singular fortuna que ha significado para la España de la transición la actuación de Juan Carlos I así como la de Suárez y Felipe González; coincidencia astral muy infrecuente en cualquier otro

pasado reciente.) El autor comprende todas las dubitaciones que las nuevas sociedades experimentan ante el camino a seguir para alcanzar en el menor tiempo y con el menor coste la tierra prometida de la democracia y el desarrollo. No se atreve, como es obvio, a apadrinar ninguna receta y piensa que en la simultaneidad entre desarrollo jurídico y económico-social se halle acaso el desiderátum. La panacea constitucionalista del período de entreguerras se demostró inválida por una historia trágica, que enseñó que, sin una sociedad adulta y responsable, aquélla no pasaba de ser un artificio. Economía y derecho constituyen así un binomio indisoluble para el logro de una democracia real. Las políticas económicas y las sociales deben combinarse. Simultáneamente a la reconstrucción de la vida económica en torno al mercado, los poderes públicos han de proteger a los individuos más débiles. Alabeando un tanto su liberalismo, el autor llegará incluso a sostener que las políticas sociales, al garantizar una distribución equitativa de los costos sociales, consolidarán las instituciones democráticas.

El ejemplo de la Alemania de Adenauer es presentado aquí como un modelo de estudio, extendiéndose el autor en reflexiones muy agudas sobre la evolución de su patria en la década de los cincuenta. Un historiador del tiempo presente muy citado y admirado por Dahrendorf, T. Garton Ash, ratificaría pocos meses más tarde el anterior diagnóstico de su también muy estimado rector del St. Anthony's College: «Así que estos países están bien encaminados, ¿pero llegarán a la meta? Es un tópico decir que las probabilidades de éxito de una transición política desde la dictadura a la democracia dependen en gran parte de la transición económica de una economía planificada a otra de mercado. Pero también es cierto que las probabilidades de éxito de una transición económica dependen de la transición política. Me parece ligeramente engañoso presentar el problema como el de un posible «fracaso» de la transición económica. Porque incluso el «éxito» será, en sus pasos iniciales, de gran dureza. Esta transición es, tal como ha escrito Dahrendorf, necesariamente un valle de lágrimas. El valle podrá ser más o menos profundo, largo o corto, pero valle al fin y al cabo. Incluso los alemanes, con condiciones de partida mucho mejores en 1948, se empobrecieron antes de enriquecerse... En Checoslovaquia,

se habla de lograr un «aterrizaje suave». Pero el problema reside en si podrán lograr un despegue suave. Ni Alemania del Este va a lograrlo. La pregunta inmediata es, pues: ¿qué variante de la política democrática puede poner en pie un gobierno lo bastante fuerte, estable y consistente como para imponer los rigores necesarios de política fiscal, monetaria y económica durante un período de varios años, y que al mismo tiempo sea tan flexible y abierto que pueda absorber el inevitable descontento popular mediante canales parlamentarios, o por lo menos legales, evitando tener que recurrir a métodos extraparlamentarios, ilegales y en último caso no democráticos? (*Los frutos de la adversidad*. Barcelona, Ed. Planeta, 1992, pp. 461-462.)

Penetrado del descollante papel que representará la Alemania unificada en todo el proceso histórico abierto en el otoño de 1989, el autor, europeo antes que germano y atraído irresistiblemente por la forma de vida inglesa —«isla bendita, si no perfecta», llegará a decir (p. 139)—, consagrará el cuarto capítulo de su libro a estudiar las vertientes más destacadas de dicho protagonismo. Inmisericorde con Helmut Kohl y, en general, con la clase política alemana, pondrá en cuarentena su pretendido europeísmo y, en todo caso, dudará del acierto de su postura hacia los territorios liberados de la ocupación soviética. No existe justificación para albergar la mínima sospecha sobre un imperialismo alemán; pero sí es comprensible contemplar con cierta aprehensión la falta de una actitud generosa y clarividente por parte del único país que ha acrecentado sus fronteras en el gran *tourant* finisecular. Acaso con excesiva severidad, cree Dahrendorf que para la mayoría de la elite política germana el europeísmo es una carta que se juega siempre en coyunturas difíciles, para preterirse en los tiempos de bonanza —apaciguamiento de las tensiones entre los bloques y los continentes, distensión estratégica, etc...

Con todo, el final de la breve obra estará marcado por un optimismo sofrenado. Si los pueblos actores de la revolución 1989-90 no caen en el espejismo de un Arcadia feliz e identificada con una Suecia imaginaria, si excluyen decididamente una tercera vía y asumen con ilusión y esfuerzo el gran envite frente al que los ha colocado la Historia, no entrará seguramente en el terreno de la suposición gratuita augurarles en un tiempo no